Ana L. Baquero Escudero
*Cervantes visto por Menéndez Pelayo*
*Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXVIII, Nº 1, 2012, 159-180*

# CERVANTES VISTO POR MENÉNDEZ PELAYO

## Cervantes en la producción de Menéndez Pelayo

Si, por desgracia, Menéndez Pelayo no pudo llevar a cabo ese ambicioso proyecto de escribir una historia de la literatura española, no obstante se aproximó en numerosas ocasiones a distintas parcelas de la misma que exploró con su meticulosidad e intensidad características. Baste recordar, al respecto, sus aportaciones a los estudios sobre la poesía castellana, los romances, Calderón o Lope de Vega, o su importante incursión en el origen y desarrollo de nuestra novela hasta Cervantes. No fue, sin embargo, este uno de los escritores más frecuentado por él, de forma que, como bien indicara Alberto Sánchez, no puede considerarse a Menéndez Pelayo un *cervantista* al modo de otros autores del momento, como Rodríguez Marín, dedicados de forma absoluta o preferente al estudio de sus obras (Sánchez: 1955/56). Precisamente en el discurso de contestación a éste, en su ingreso a la RAE, en octubre de 1907, Menéndez Pelayo, comentando los trabajos de dicho investigador sobre algunas novelas ejemplares, se refería a los problemas derivados de un estudio sobre el *Quijote* que no podía ser "empeño de un hombre solo, sino campo de estudio para una generación entera de eruditos educada con todo el rigor del método filológico e histórico" (1942: 69).

Pese a esta explícita reflexión sobre las dificultades que comporta todo acercamiento individual a la obra principal de nuestras letras, no puede decirse que no encontremos en la producción del erudito cántabro numerosas referencias y aproximaciones tanto al *Quijote* como a otras obras cervantinas. En la bibliografía reunida por Bonilla y San Martín se evidencia, así, con toda claridad, el temprano interés del joven Menéndez Pelayo por la producción de Cervantes. Si en 1872 da cuenta Bonilla de

sus cuatro primeros escritos, en 1873 recoge ya un discurso leído en el Ateneo Barcelonés bajo el título "Cervantes considerado como poeta" (Bonilla y San Martín: 2008: 163). En dicha aportación un juvenil Menéndez Pelayo analizaba el teatro y la poesía de Cervantes, con una actitud reivindicadora, frente a la tradicional crítica adversa, que mantendrá en el discurso de 1905, con motivo de la celebración del tercer centenario del *Quijote*, y que, de alguna forma, sirve de precedente a modernos acercamientos a esta parte de la producción cervantina, caracterizados por una visión más rigurosa y profunda que redime al escritor de muchas de las condenas y acusaciones recibidas. Si bien es cierto, como recoge Crespo, que Menéndez Pelayo renegó con posterioridad de estas primeras incursiones –y recuerda este crítico otras tempranas manifestaciones de su atracción por Cervantes, como la escritura de una biografía sobre el mismo (Crespo: 2005: 43-44)– no lo es menos que son indicios inequívocos del interés sobre nuestro primer escritor, que innegablemente existió en quien fue tan buen conocedor y amante de la literatura española.

Realmente las referencias hacia Cervantes se dejan ver en muchos momentos de la obra de Menéndez Pelayo. Baste recordar la antología hecha por Sánchez de Muniáin (2007, II: cap. XI), o la minuciosa revisión que ha llevado a cabo Crespo (2005) para constatar tal afirmación. Como trabajos centrados, de manera exclusiva, en la obra cervantina pueden ser recordados, además del mencionado discurso sobre su poesía, una minuciosa reseña de las aportaciones cervantinas de Adolfo de Castro, publicada en 1874 en la *Miscelánea Científica y Literaria* bajo el título *Obras inéditas de Cervantes*, su discurso leído en la Real Academia Española, el 29 de mayo de 1904, en respuesta al de José María Asensio, *Interpretaciones del Quijote*, y el que será, sin duda, su trabajo más ambicioso y completo sobre Cervantes: *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del "Quijote"*. Este último fue obra de encargo para conmemorar el tercer centenario de la novela que leyó Menéndez Pelayo en el Paraninfo de la Universidad Central, el 8 de mayo. Se trata de una de las más importantes manifestaciones relacionadas con dicho evento que tuvo, por lo demás, no pocas repercusiones en la época, entre las cuales hay que recordar, asimismo, la exposición cervantina de la Biblioteca Nacional que el propio Menéndez Pelayo, como director de la misma, preparó[1]. Estamos ante un trabajo escrito en la etapa de

[1] Sobre las vicisitudes editoriales de dicho trabajo véase lo que apunta Crespo López (2009: 86-87).

plena madurez del polígrafo, en el cual hallamos importantes matizaciones a afirmaciones establecidas por él, con anterioridad –como solía ser habitual en su método de trabajo–, junto a una completa visión que asume sus aportaciones y trabajos precedentes, tanto en relación con el escritor, como en relación con sus estudios sobre el género novelesco. Todo ello conforme a esa sólida vía de aproximación al hecho literario defendida por el autor, en la que historia y crítica literaria aparecen indisolublemente unidas, y en donde se concilian necesariamente los diversos métodos de acercamiento al texto, para una mejor comprensión del mismo. De manera que junto al rigor historicista –defendido por el positivismo– visible especialmente en el interés por los datos biográficos , y la preocupación bibliográfica siempre presente en él, lo que domina, especialmente, en este estudio de Menéndez Pelayo sobre la producción de Cervantes es un acercamiento intrínsecamente literario en el que se percibe el método comparatista, siempre defendido por él, y, como no podía ser de otra manera, los principios estéticos firmemente arraigados en el polígrafo. Una forma de aproximación a la creación cervantina que ofrece un novedoso y destacado perfil respecto a toda una dilatada tradición histórico-crítica sobre el escritor y, especialmente, respecto a la forma en que Cervantes sería abordado por los contemporáneos del investigador cántabro.

**La perspectiva dieciochesca y decimonónica sobre Cervantes**

Precisamente para poder valorar en su justa medida lo que supuso el trabajo de Menéndez Pelayo debemos contextualizarlo dentro de esa larga tradición de estudios cervantinos que, sin duda, el polígrafo conocía perfectamente. Será en el siglo XVIII cuando se inicie, verdaderamente, la revalorización de la obra de Cervantes que llegará, ya en esta época, a ocupar un lugar preferente y destacado en el canon de la literatura española. Especial interés presenta todo lo relativo al perfil biográfico del escritor que se irá progresivamente ampliando, conforme avanza el siglo, con la recopilación de más datos. A tal respecto resulta emblemático el título del trabajo que escribe Mayans y Siscar –la *Vida de Cervantes*–, para la edición del *Quijote* promovida por lord Carteret, y que se publica en 1738. Más que de la vida del autor Mayans se ocupará, sin embargo, del análisis de sus obras que estudia desde la óptica de la preceptiva neoclásica. A dicho nombre pueden ser añadidos los de otros importantes comentaristas del *Quijote* como Vicente de los Ríos o Pellicer, más una larguísima nómina de trabajos relacionados tanto con la preceptiva,

como con los manuales y las historias literarias, en donde el nombre de Cervantes adquiere perfil relevante[2].

En general el siglo XVIII se distingue por una abierta actitud panegírica ante quien irá, poco a poco, ocupando el primer lugar en nuestras letras. Una postura manifiestamente elogiosa que encontrará su correlato correctivo en la posterior aproximación de Diego Clemencín, quien en su famoso comentario al *Quijote* (1833-1839) incidiría en los, para él, numerosos errores y deslices cometidos por tan ilustre escritor. Precisamente la lectura que Clemencín llevó a cabo del texto cervantino muestra, con bastante claridad, la pervivencia de la interpretación neoclásica del mismo, de manera que es fácil percibir a lo largo de ella la aplicación a la novela de Cervantes, de parámetros provenientes de la preceptiva clásica (Baquero Escudero: 1988). A tal respecto no deja de ser significativo que ya Menéndez Pelayo señalara lo inadecuado de tal aproximación, al referirse al *Análisis del "Quijote"* de Vicente de los Ríos. Pese a que su valoración de dicho trabajo fuese muy positiva, no dejó de percibir el desajuste entre las primeras afirmaciones del erudito dieciochesco, relativas a la absoluta novedad del texto cervantino, y su revisión del mismo, conforme a los viejos preceptos épicos (Menéndez Pelayo: 1940: 125-126)[3].

Tendremos que esperar, por tanto, algún tiempo para que el antiguo espíritu preceptivo vaya siendo sustituido por esa tendencia crítica, de raíz romántica, histórico-nacionalista. Como muy bien ha demostrado Close, en toda la primera mitad del siglo XIX convive en el ambiente literario español la visión neoclásico sobre el *Quijote* –que pone de relieve la naturaleza satírica o burlesca de éste– con las primeras interpretaciones románticas (Close: 2005). La nueva visión del héroe cervantino, alejada completamente del dominio cómico, para adquirir unas nuevas connotaciones serias y alcanzar proporciones de auténtico mito, acorde al nuevo espíritu romántico, se fraguará en Alemania, para ir progresivamente extendiéndose por toda Europa. En España, como constata

[2] Sobre la recepción cervantina en esta época y, en general, en el pensamiento literario posterior pueden versos los excelentes trabajos de Montero Reguera (2005, 2011) o el también interesante acercamiento de Álvarez Barrientos (1987/1988).

[3] Un estudio sumamente útil y valioso en el que se reproducen, además, algunos de los textos dieciochescos más importantes sobre Cervantes es el de Rey Hazas y Muñoz Sánchez (2006). Puede verse, asimismo, la ilustradora recopilación de textos llevada a cabo por Rivas (1998).

Close, la introducción de las nuevas ideas se mezcla con la anterior interpretación neoclásica, de manera que serán precisamente algunos de esos hispanistas extranjeros, estudiosos de nuestra historia literaria –como Ticknor, Bouterweck o Sismondi–, quienes defiendan la interpretación de D. Quijote como arquetipo del idealismo y altruismo heroico. Para Close será Marchena en sus *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia* (1820) quien lleve a cabo la primera interpretación española en la idealización romántica del personaje. Un trabajo cuya novedosa y lúcida aproximación al texto cervantino ha sido, asimismo, destacada por Álvarez Barrientos (1987/1988), quien pone de relieve su distanciamiento respecto al enfoque normativo aun existente.

Una nueva manera de contemplar y valorar la obra de Cervantes, elevada ya a la categoría de clásica en nuestra historia literaria, va creciendo y desarrollándose a lo largo del siglo XIX, de manera que, junto a la mencionada interpretación romántica que impone un viraje absoluto respecto a la primitiva visión cómica del héroe, el nombre de Cervantes se convierte en el más destacado exponente del genio nacional de nuestras letras. Un escritor acerca del cual, por lo demás, se crea una extendida obsesión por ir completando su huidizo y controvertido perfil biográfico[4]. El mismo Close destaca la recurrente y generalizada preocupación por reunir datos relativos a su vida –por no hablar del abusivo aumento del repertorio cervantino–, de manera que parece ser este el verdadero objeto que guía los intereses de muchos eruditos de la época. No deja de ser significativo, respecto al mérito alcanzado por Cervantes en el XIX, que la obra primera de ese ambicioso proyecto editorial que fue la Biblioteca de Autores Españoles se dedique íntegramente a este escritor, como no lo es menos que el estudio introductorio de Aribau responda al epígrafe único de *Vida de Miguel de Cervantes*. Precisamente tal ambiente contribuyó, como indica Close, al triunfo de la crítica simbólica y alegórica, completamente alejada del rigor y seriedad filológicos. Los famosos panfletos de Díaz de Benjumea –*La estafeta de Urganda*, *El Correo de Alquife* y *El mensaje de Merlín*– resultan los exponentes más significativos de estas esotéricas y disparatadas interpretaciones del *Quijote*, contra las que reaccionaron destacados autores del momento.

[4] Como algunas de las obras más destacadas al respecto pueden ser recordadas la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (1819) de Fernández Navarrete, y los *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (1864) de Manuel Asensio y Toledo.

Una de las más directas invectivas contra esta forma de leer la obra primera de nuestras letras surgió de la pluma de un gran admirador de Cervantes, como Pereda (Baquero Escudero: 1989). Bajo el significativo título de "El cervantismo" –neologismo que Romero Tobar documenta en los años sesenta (1989: 118)[5]– publicado en *Esbozos y rasguños* (1881), el escritor cántabro arremete con manifiesto humor contra el ambiente dominante en su época relacionado con Cervantes, a quien se había llegado a identificar como protestante, librepensador… y cuya obra, según denunciaba Pereda, había sido acogida conforme a una moda superficial y extravagante, que destruía su verdadero valor para acomodarla a las más disparatadas interpretaciones alegóricas. Con anterioridad al texto perediano, y en un contexto distinto, Valera había asimismo manifestado su postura contraria al ambiente erudito de su época. En el discurso leído ante la RAE en 1864 –*Sobre el "Quijote" y sobre las distintas maneras de comentarlo y juzgarlo*– el entusiasta admirador de Cervantes que fue Valera rechaza este tipo de aproximación, para defender un acercamiento basado en la pura apreciación estética del libro. Si a través de su visión de la obra se trasluce, de forma inequívoca, la personal concepción acerca de la creación literaria del autor andaluz, de ella nos interesa destacar aquí su reflejo y concomitancia con el pensamiento que Menéndez Pelayo –gran amigo suyo y muy próximos ambos en gustos literarios– manifestará años después en sus trabajos sobre Cervantes[6].

**Los estudios de Menéndez Pelayo sobre Cervantes**

Dejadas como menores esas primeras incursiones –alguna de las cuales, como la relativa al comentario de los estudios de Adolfo de Castro, pone de relieve la preocupación por los hallazgos bibliográficos cervantinos que inundó el ambiente literario de la época–, nos centraremos en los dos trabajos últimos que constituyen la verdadera contribución del polígrafo al estudio de Cervantes. Se trata del discurso leído en la RAE el 29 de mayo de 1904, en respuesta al de ingreso de José María Asensio, –*Interpretaciones del "Quijote"*–, y de su mejor aportación, enmarcada en los citados actos conmemorativos sobre Cervantes, *Cultura*

[5] Véase de este mismo crítico su precisa y valiosa aproximación sintética a la interpretación del *Quijote* en el siglo XIX (2006).

[6] El mismo Valera volvería años después a comentar la obra de Cervantes en el discurso *Consideraciones sobre el "Quijote",* preparado para el tercer centenario, que, finalmente, no pudo leer.

*literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del "Quijote"*. Realmente este segundo recoge lo esencial del primero – incluso literalmente – con lo que aquel bien podría ser interpretado como anticipo de este trabajo posterior, de mayor envergadura, mediatizado, además, por las circunstancias concretas de las que surgió. Como respuesta al discurso de José María Asensio, necesariamente debía referirse Menéndez Pelayo a las obras del mismo que enlaza con una ya larga tradición de estudios, relacionados con la búsqueda de datos biográficos del autor. Catalogado Asensio por el polígrafo cántabro como "cervantista de profesión", en dicho discurso comentará también otras aportaciones de dicho erudito ajenas al universo cervantino. Será tras completar su recorrido por ellas, cuando Menéndez Pelayo inicie su propia disertación sobre la obra magna de Cervantes que comenta, en un primer momento, a la luz de las muy variadas interpretaciones que de la misma se han ido sucediendo –y el título del discurso apunta a dicho enfoque–. Un repertorio verdaderamente abundante y diverso de lecturas sobre el texto que, en la presente ocasión –y nuevamente hay que insistir en la necesaria contextualización de este discurso–, admite e incluso alaba por lo que tienen de novedosas respecto a la ya superada interpretación meramente normativa y gramatical de la obra.

Pero será, sin duda, la debatida relación del *Quijote* con los modelos parodiados el punto central de su disertación. Dentro de lo que supuso la idealización romántica del héroe, la visión del polígrafo cántabro aparece concretamente vinculada a la tesis que sobre los libros de caballerías defendió Durán, de innegable repercusión entre algunos autores de la época. El mencionado discurso de Valera la evidencia de manera palpable y las aportaciones de Menéndez Pelayo muestran su pervivencia en los inicios del siglo XX. Sobre tal cuestión, y de forma mucho más detallada, se explayará el polígrafo en el mencionado discurso conmemorativo del *Quijote*, que analizaremos, por consiguiente, de forma más exhaustiva con el fin de precisar tanto las deudas con las ideas literarias del momento, como, sobre todo, sus personales aportaciones.

Pese al título, *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del "Quijote"*, la reflexión que Menéndez Pelayo lleva a cabo en esta ocasión excede el análisis de esa obra única, para abarcar la totalidad de la producción cervantina, en relación a toda la cual el polígrafo pone de manifiesto la sólida cultura literaria del escritor alcalaíno. Si en algún trabajo anterior en el tiempo –así en su *Historia de las ideas estéticas*– Menéndez Pelayo pudo manejar el tradicional concepto, relativo a Cervan-

tes, de *ingenio lego*[7], no cabe ninguna duda de que en estos momentos el mismo le resulta totalmente incomprensible. La despectiva referencia al creador de tan extendido compuesto, Tamayo de Vargas –"erudito algo pedante" (1941: 327)–, no puede evidenciarlo de forma más clara. Incluso más adelante Menéndez Pelayo se detiene a reflexionar sobre esta cuestión, rechazando la idea extendida en su época –y aquí Pérez Gutiérrez intuye un velado reproche a su discípulo Unamuno, y a la *Vida de D. Quijote y Sancho* que acababa de publicarse (2005: 432)– de un Cervantes "incapaz de comprender toda la transcendencia y valor de de su obra" (1941: 337). Si bien excluye su producción dramática, en el resto detecta el erudito cántabro la presencia de un Cervantes atento y consciente de los problemas de la creación literaria. "La *genial precipitación* de Cervantes" –afirma– "es una vulgaridad crítica" (1941: 337). Que Menéndez Pelayo consideraba a Cervantes un escritor sumamente reflexivo y preocupado por la elaboración de sus textos, se puede deducir ya del *Programa* que presentara a las oposiciones de la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española, en 1878. Allí, como no podía ser de otra manera, dedicaba una lección completa a Cervantes –65–, uno de cuyos apartados respondía al epígrafe: "Doctrina literaria de Cervantes: predominio del elemento crítico". La consideración de Cervantes como autor atento a las cuestiones relativas a la creación literaria y que evidencia, además, sus juicios críticos a lo largo de su obra de ficción no resulta, pues, ajena al pensamiento de Menéndez Pelayo que en fechas tan tempranas así lo manifiesta. De hecho, el manejo del criterio cervantino como principio de valor sobre el que asentar juicios críticos resulta una constante en el pensamiento literario. Lo encontramos ya en el texto catalogado como el primer estudio sobre la historia de la novela, la famosa *Lettre- traité sur l'origine des romans* (1669) de Huet. En dicho trabajo, y en relación con la especie de la novela caballeresca, se recogían ya los testimonios del episodio del escrutinio de la biblioteca de D. Quijote, para la revisión de los libros de caballerías españoles. Mucho más próximas en el tiempo a Menéndez Pelayo podemos recordar las opiniones de Gayangos, quien para elogiar el *Amadís* recordaba el "exquisito juicio" de Cervantes, al considerarlo el mejor de todos (Gayangos: 1963). Conforme a esta misma tradición el propio Menéndez Pelayo, como bien ha señalado Cacho Blecua, adoptaría - a veces con matizaciones o desvíos – el criterio tanto

[7] Muy bien matizado por Pérez Gutiérrez en su aproximación a las ideas de Menéndez Pelayo sobre Cervantes (2005).

ético como estético de Cervantes para enjuiciar los libros de caballerías (Cacho Blecua: 2007: 218). En todos estos casos no hay duda de que se confiere una sólida solvencia a los juicios cervantinos en materia literaria, de forma que no sólo como creador sino también como crítico literario Cervantes adquiere destacado perfil[8].

En el inicio de su disertación Menéndez Pelayo no puede trazar de forma más precisa cuál será el objetivo de sus reflexiones. En un primer momento diseña en breves trazos los avances metodológicos que han surgido en torno al estudio de la creación literaria. Una sucinta enumeración de éstos –en la que destaca la conciliación entre el idealismo y el realismo, la superación de la vieja preceptiva mecánica o el comparatismo– que funciona como perfecto preámbulo que sintetiza el perfil investigador del propio Menéndez Pelayo. A partir de tales presupuestos metodológicos el erudito establece con claridad cuál será el objetivo de su disertación: "fijar el puesto de Cervantes en la historia de la novela y caracterizar brevemente su obra bajo el puro concepto literario en que fue engendrada" (1941: 325). De manera que si en el trabajo anterior admitía la legitimidad de la amplia variedad interpretativa sobre la obra cervantina, ahora relega ese género de interpretaciones "que pueden ser muy curiosas y sutiles, pero que nada importan para la apreciación estética del libro" (1941: 325). No cabe duda, por tanto, desde el inicio mismo de su discurso, que la aportación del erudito cántabro se situaba en una esfera muy distinta a la usual del momento, al proponerse –como su gran amigo Juan Valera había defendido– un acercamiento intrínsecamente literario a la producción de nuestro primer escritor.

En su revisión de toda la obra literaria de Cervantes se evidencian los principios estéticos sólidamente arraigados en Menéndez Pelayo –especialmente aquellos relativos al clasicismo y realismo– y sus amplios conocimientos sobre el género novelesco dentro del cual sitúa las grandes obras cervantinas. No en balde en estos años estaba plenamente dedicado a la elaboración de sus *Orígenes de la novela,* que se constituiría como el más importante trabajo historiográfico sobre la novela española precervantina del momento. La relación de dicha obra con algunas de las ideas expresadas en este discurso resulta, pues, evidente.

[8] Evidentemente no encontramos en estos momentos ninguna reflexión que apunte a la actual división narratológica entre autor y narrador, de manera que se identifica en todo momento el pensamiento del narrador y de los personajes con el de su creador.

Revisada sucintamente la producción dramática y poética de Cervantes, Menéndez Pelayo se centra de lleno en el estudio de su obra narrativa que inicia con el *Quijote*. De ella encarece, desde un primer momento, su originalidad y carácter único respecto a toda la tradición anterior. Se trata de un texto en el que descuella el genio prodigioso del escritor. Para Menéndez Pelayo, pues, como en general para todo el cervantismo, la obra magna de Cervantes, muy por encima de todas las suyas restantes, será el *Quijote*. El polígrafo cántabro precisa, sin embargo, a continuación que también las *Novelas ejemplares* son una muestra magnífica de la genialidad cervantina. Unas narraciones que ya había entroncado con el *Quijote* en el mencionado discurso de contestación a Rodríguez Marín, y que ahora vuelve, significativamente, a vincular con dicha obra. Para Menéndez Pelayo las *Ejemplares* "se explican y razonan" dentro del *Quijote*, pues "cuando son buenas, parecen fragmentos desprendidos de la obra inmortal, y dentro de ella hubieran podido encontrar asilo" (1941: 326). Será a propósito de esta última afirmación que el polígrafo concrete: "como le encontraron dos de ellas, no por cierto las más felices". Tras dichas reflexiones Menéndez Pelayo destacará aquellas novelas cortas para él más logradas como *Rinconete*, el *Coloquio*, *La Gitanilla*, *El celoso extremeño* o *El licenciado Vidriera*. En todas ellas percibe "la representación de la vida española" que hallaba en el *Quijote*, de forma que estas últimas pudieron servir de ilustración y complemento a aquél. Por todo ello, concluía, las *Ejemplares* completarían la I Parte del *Quijote*, esbozo a su vez también fragmentario que preparaba la "obra serena, perfecta y equilibrada" que será la Parte II.

De los siguientes razonamientos expuestos por Menéndez Pelayo podemos extraer diversas conclusiones. La primera es el dominio indiscutible de la estética realista –propia por lo demás de su época– a la hora de establecer juicios de valor. Para el polígrafo, como en general para los autores de estos momentos, las novelas ejemplares que gozan de su preferencia son todas aquellas que de alguna manera reflejan la realidad de la época. Constituido el realismo como uno de los rasgos caracterizadores del genio nacional de nuestra literatura, no en balde Menéndez Pelayo trazaría el origen y desarrollo de la novela española bajo dicho prisma; un enfoque por el cual obras que para él no podían en rigor ser consideradas novelas –como *La Celestina* o el *Corbacho*– eran analizadas por favorecer esa vía de apertura hacia el realismo novelesco que culminará con el *Quijote*. Desde tal interpretación podemos entender, por consiguiente, que estimara esas novelas ejemplares –las mejores, según

sus preferencias literarias– como complementos al gran cuadro de la vida nacional reflejado, según él, en su obra maestra.

Por otro lado resulta, asimismo, evidente que para Menéndez Pelayo no había que esperar a las *Novelas ejemplares* para hablar del género de la novela corta en la obra cervantina. En el *Quijote* de 1605 encuentra ya incluido dicho género. En realidad tal reflexión la podemos hallar en el pensamiento literario anterior al erudito cántabro. Considerando, por ejemplo, las aportaciones de algunos de los estudiosos que colaboraron en la preparación de la BAE, podemos recordar los testimonios de Fernández de Navarrete o de Aribau, quienes destacaron en la Parte I, como novelas cortas, el *Curioso* y el *Capitán cautivo*. Respecto a ambas Aribau percibía, no obstante, una clara diferencia en la forma de inserción. Pues, según él, Cervantes consideró la segunda como "parte integrante, aunque descosida" del *Quijote* (1851: XXVII). Estamos, realmente, ante un nuevo caso de apropiación de un juicio crítico procedente de la obra cervantina que, como resulta habitual, se atribuye al propio Cervantes. Recuérdese, al respecto, no tanto los juicios iniciales de Sansón Carrasco con sus explícitas referencias a la inclusión del *Curioso*, como el polémico inicio del cap. 44 de la Parte II en que Cide Hamete justifica la inserción de un material aparentemente ajeno a la acción principal. Dos serían los episodios destacados, al respecto, por el narrador cervantino –el *Cautivo* y el *Curioso*–, como dos serán también las novelas cortas intercaladas que mencionan estos autores decimonónicos. Si bien Menéndez Pelayo no concreta su referencia parece claro que esa apreciación: "no por cierto las más felices" se aviene, perfectamente, al trazado idealista de ambas historias[9].

Por último resulta también evidente que para el erudito cántabro el *Quijote* de 1615 superó con creces al de 1605 al que llega, incluso, a catalogar como esbozo o preparación para éste.

Centrado ya en el *Quijote* Menéndez Pelayo considera el texto cervantino, en primer lugar, como un verdadero compendio de diversas especies literarias, un "mundo poético completo" que encierra "todos los tipos de la anterior producción novelesca"[10]. En él encuentra romances

[9] Resulta, en este sentido, claramente significativo que al repasar todos los episodios insertos en el *Quijote* destaque sólo en cursiva los títulos de *El curioso impertinente* y el *Cautivo*.

[10] Sobre la interpretación del erudito cántabro como precedente de las aportaciones de cervantistas posteriores véase Montero (1997: 54: 93: 194).

viejos, reminiscencias de Garcilaso, Boccaccio o Ariosto, o claras huellas de la tradición folclórica. Va analizando, asimismo, los distintos episodios intercalados que cataloga conforme a la tipología que él mismo reflejaría en sus *Orígenes*. Habla así de novela pastoril y sentimental para referirse a alguna de esas historias secundarias, junto a la novela psicológica del *Curioso*, o la de aventuras contemporáneas que percibe en el *Cautivo* o en la historia de Roque Guinart. Precisamente de tal recorrido se deduce, nuevamente, la sólida cultura literaria de Cervantes que Menéndez Pelayo insiste en poner de relieve señalando, ahora, las influencias literarias que detecta en su producción. Ciertamente muy influido por sus propios parámetros estéticos, percibe en la obra cervantina toda una serie de caracteres que delatan la gran influencia de la literatura clásica. Su revisión por algunas de esas grandes obras y escritores de la antigüedad, en conexión con el universo cervantino, va desde Homero a Luciano, destacando asimismo –como claro precedente de estudios posteriores– la influencia erasmista. Precisamente, según su criterio, serían los *lucianistas* y *erasmistas* españoles –después del autor de *La Celestina*– quienes aplicaron "el instrumento de la observación a las costumbre populares" (1941: 330).

Siguiendo, asimismo, con su análisis comparatista en busca, fundamentalmente, de los precedentes cervantinos, comentará las restantes obras del autor. En relación a las *Novelas ejemplares* considera completamente adecuada la afirmación cervantina de ser el primero en novelar en nuestra lengua, para referirse a toda la tradición del relato breve en España, anterior a Cervantes –en la que destaca especialmente *El Conde Lucanor*–, y subrayar el tipo de relación que los relatos cervantinos presentan con los de Boccaccio.

En su aproximación a las obras narrativas primera y última del escritor se evidencia, en todo momento, el dominio de la estética realista que mediatizó siempre los trabajos de historia y crítica literaria del erudito cántabro. Hombre de su época, a la postre, Cervantes según Menéndez Pelayo se vio impulsado a cultivar géneros "falsos", como la novela pastoril o la bizantina de aventuras, dentro de cuyos parámetros se veía constreñido su "ingénito realismo". A propósito de *La Galatea*, y conforme al método de análisis que se percibe a lo largo de los *Orígenes de la novela*, Menéndez Pelayo sitúa dicho libro en un amplio contexto literario, dentro del cual destaca aquí, de manera especial, el nombre de Sannazaro. Precisamente en relación con el cultivo de este tipo de literatura bucólica Menéndez Pelayo percibe uno de los puntos más debatidos en los estudios posteriores, referente a la evolución literaria de la obra cervantina. Si

se ha intentado explicar, así, el desarrollo de la producción de Cervantes a partir de esos polos antitéticos constituidos por una poética idealista y realista, enfrentándose aquellas posiciones que trazan la evolución en un sentido o en el contrario, el erudito cántabro constata que no es fácil establecer una evolución unidireccional en el caso del género pastoril. Como bien reconoce y pese a que a través de Berganza Cervantes proyectara una visión desmitificadora y burlesca sobre esta especie literaria, el escritor siguió pensando hasta el fin de sus días continuar su *Galatea*. La idea de un autor que evoluciona, pues, de un primitivo idealismo a un posterior realismo –como muchos autores han sostenido[11]– resulta indefendible para Menéndez Pelayo. "La psicología del artista es muy compleja, y no hay fórmula que nos dé íntegro su secreto" (1941: 334). Si bien el polígrafo intenta justificar la complejidad de la obra cervantina –aquí sólo la pastoril– a partir de dichos presupuestos psicológicos, no hay duda de que se sitúa en esa posición conciliadora respecto a las dos poéticas antagónicas, que puede considerarse la más afianzada en el cervantismo actual[12]. Por otro lado, y en lo que concierne al *Persiles*, Menéndez Pelayo percibe con toda claridad la diferencia entre las dos partes, inclinándose, evidentemente, por la segunda mitad[13]. Pese a que, nuevamente, afloran sus prejuicios estéticos no deja de reconocer el mérito y valor del texto cervantino, consagrado en la historiografía literaria posterior como el mejor exponente de este género en nuestras letras.

Finalmente, y antes de desarrollar lo que constituirá la parte final de su disertación –la relación del *Quijote* con los libros de caballerías–, Menéndez Pelayo con gran intuición y agudeza crítica destaca en el texto cervantino lo que para el pensamiento literario posterior se erige en uno de sus grandes méritos: el manejo del diálogo. A través de su enfoque comparatista pondera el valor del *Quijote* señalando sus precedentes. Frente a lo que comúnmente se había indicado, no considera el polígrafo que pueda ser relacionado el texto cervantino con la novela picaresca. Con gran perspicacia crítica señala: "La novela picaresca es independiente de él, se desarrolló antes de él, camina por otros rumbos: Cervantes

[11] Como destacado botón de muestra puede recordarse la aproximación a Cervantes de González de Amezúa.

[12] Véanse, al respecto, los estudios de Riley (1990: 25).

[13] Sobre la innovadora valoración del *Persiles* de Menéndez Pelayo, así como sobre sus juicios, en general, sobre Cervantes se ocupó Baquero Goyanes en su valiosa antología sobre la novela en los estudios del polígrafo cántabro (1956: 19-20).

no la imita nunca" (1941: 338). Si bien en su cotejo entre la picaresca y la obra de Cervantes aflora su personal visión estética formulada en la síntesis idealismo-realismo –de *Rinconete* escribirá que se percibe "una especie de indulgencia estética que depura todo lo que hay de feo y de criminal en el modelo" (1941: 339)–, no se puede negar que Menéndez Pelayo asienta de manera clara la distancia entre este género novelesco de la época, desarrollado a partir de los dos modelos canónicos que cita, y la producción cervantina. Una afirmación plenamente consolidada en el cervantismo posterior. Como precursores destacados en el arte del diálogo apunta, por tanto, no a la picaresca, sino a *La Celestina*, Lope de Rueda y el Arcipreste de Talavera, escritor este último que asimismo tendría cabida en sus *Orígenes*, como uno de los autores que contribuyó a la emergencia y desarrollo de nuestro tradicional realismo.

Precisamente en los *Orígenes* encontraremos un más demorado análisis de lo que constituirá la parte final del presente discurso: la revisión de los libros de caballerías, contemplados aquí en su problemática relación con la obra maestra cervantina. Apuntado ya el tema en el discurso anterior lo desarrollaría de formas más minuciosa en éste para adquirir dimensiones mucho más amplias en los *Orígenes*, en donde será analizado de manera independiente, al integrarse en una de las secciones del tomo I.

Al abordar el análisis del *Quijote* desde dicho enfoque, Menéndez Pelayo se sumaba a una larga cadena de autores que habían reivindicado el texto y defendido a su autor de las críticas recibidas por haber ridiculizado los seculares valores caballerescos, propios de nuestra tradición. En su famoso comentario Clemencín señalaba así que "la irrisión que hizo nuestro autor de los libros comunes de la caballería andante, contribuyó á debilitar las ideas y máximas del antiguo pundonor castellano" (1883: XXI). Contra tal posición Durán desarrollaría una interpretación, de gran calado en el pensamiento literario de la época, por la que establecía una clara línea divisoria entre el espíritu caballeresco castellano que encuentra en nuestras producciones literarias, como la épica y el romancero, y ese injerto foráneo, representado en los libros de caballerías. Contra este último dirigiría Cervantes su sátira, al juzgarlo como variante degradada y degenerada del auténtico espíritu caballeresco. Ya Gil de Zárate, en el que se ha llegado a considerar el primer texto de historia de la literatura española en el siglo XIX, defendía a Cervantes de tales reproches. Señalaba al respecto: "Dícese que ridiculizado el valor, el entusiasmo, el verdadero amor, las más nobles virtudes, Cervantes ha contribuido á desmoralizar la sociedad, y á despojarla de aquel carácter elevado y caballeresco que formaba

antes la esencia de la nacion española" (1851: 667). Una idea que combate el estudioso alegando la misma interpretación relativa a la degeneración perceptible en esos libros caballerescos extranjeros que "confundieron el heroísmo con la extravagancia" y contra los que lucha Cervantes.

Dicha tesis sería asumida por autores como Amador, Milá o el propio Valera cuyos trabajos Menéndez Pelayo conocía a fondo[14]. El novelista andaluz, por ejemplo, defendería explícitamente a Cervantes de las acusaciones de antipatriotismo (1958: 1251). La proyección, pues, de dicha interpretación se manifiesta con toda evidencia cuando el polígrafo cántabro aborda el análisis del género. Escribe en un primer momento:

> La caballería heroica y tradicional de España, tal como en los *cantares de gesta*, en las crónicas, en los romances y aun en los mismos cuentos de don Juan Manuel se manifiesta, nada tiene que ver con el género de imaginación que produjo las ficciones andantescas. La primera tiene un carácter sólido, positivo y hasta prosaico a veces; está adherida a la historia, y aun se confunde con ella; *se mueve dentro de la realidad*[15], y no gasta sus fuerzas en quiméricos empeños (1941: 342).

La acomodación, por consiguiente, de este tipo de literatura a nuestro *Volksgeist,* al vincular el primitivo espíritu caballeresco de nuestras creaciones literarias, con un más sobrio y sano realismo, frente a las disparatadas invenciones de esos libros de caballerías importados, resulta evidente. Desde tal perspectiva se introducirá Menéndez Pelayo en el estudio de lo que constituyó el origen y desarrollo del género caballeresco en el cual, y como solía ser frecuente en su metodología de trabajo, no sólo tiene en cuenta sus primeros gérmenes sino también su posterior proyección que lleva hasta el mismo siglo XIX con la obra scottiana. Especie literaria muy alejada de sus preferencias estéticas, el erudito no deja de mostrar un talante comprensivo capaz de entender y justificar el éxito y despliegue de dicho género que inserta, por lo demás, en un más amplio campo de literatura evasiva cuyo objetivo radica, esencialmente, en el puro entretenimiento. "Todo hombre tiene horas de niños, y desgraciado del que no las tenga" (1941: 347).

Contra este tipo de literatura estrafalaria y ridícula dirigió sus dardos Cervantes, según Menéndez Pelayo, no contra el auténtico espíritu caba-

[14] Sobre todo ello pueden verse los estudios citados de Close y Cacho Blecua.
[15] Subrayado nuestro.

lleresco. Con tal interpretación no hay duda de que el erudito cántabro se alineaba dentro de la más pura exégesis romántica del texto. Si en los mencionados estudios de Bouterweck y Sismondi se había producido ya dicho viraje interpretativo, en la obra de este último percibe Close una idea que recoge y amplía Menéndez Pelayo en el presente discurso. Como destaca Close, Sismondi llevará a cabo una lectura –claramente errónea para este crítico– por la que será el exceso de idealismo lo que induzca al héroe cervantino a adoptar un punto de vista ineficaz respecto al mundo y a cometer los errores que suscitan la risa (Close: 2005: 93-94). Una idea que recoge el erudito cántabro al afirmar que la locura de D. Quijote consiste, en realidad, en una falsa combinación e interpretación de datos verdaderos, "Pues en el fondo de su mente inmaculada continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor las puras, inmóviles y bienaventuradas ideas de que hablaba Platón" (1941: 352). Lo ridículo sería consecuencia de la forma inadecuada con la que el protagonista quiere realizar su ideal, el cual se presenta siempre "bueno en sí, óptimo y saludable". La idea, por tanto, de la que partía Menéndez Pelayo, acerca de que Cervantes lejos de destruir un ideal se propuso transfigurarlo y enaltecerlo, depurándolo de todo aquello que lo había contaminado, se mantiene en toda esta parte final de su discurso.

Si el realismo aparece, por tanto, en el pensamiento de Menéndez Pelayo como una marca que distancia nuestras primitivas producciones medievales –en las que descuella el espíritu heroico– de los inverosímiles libros de caballerías extranjeros, habrá que recordar, por otro lado, la peculiar concepción que sobre dicha categoría mantuvo el autor. Para él el "sano" realismo español –que enfrentará al posterior naturalismo francés– se forjaría en la unión de lo ideal y lo real. No en balde en el inicio de su discurso, y respecto a los modernos presupuestos de acercamiento a la obra literaria, había defendido esa vía de aproximación superadora de la antítesis realismo-idealismo. Para Menéndez Pelayo, por consiguiente –como muy bien ha analizado Estébanez Calderón (1994)–, en la obra literaria se aprecia la transformación y depuración estética de la realidad llevada a cabo por todo creador, el cual es capaz de descubrir lo ideal en el seno de lo real[16]. Desde tal perspectiva podemos entender perfectamente algunos de los reproches que hará al *Quijote* de Avellaneda por

[16] Estébanez Calderón analiza lo que denomina teoría del ideal-realismo o realismo eidético en Menéndez Pelayo, a partir de las reflexiones del polígrafo sobre la obra de Pereda (1994: 271-272).

"la ausencia de todo ideal y de toda elevación estética" y por el "feo y hediondo naturalismo en que con delectación se revuelca" (1941: 367). La correlación Cervantes-Avellaneda con lo que para Menéndez Pelayo constituiría el realismo y el naturalismo no resulta, pues, descabellada.

En este sentido las ideas sobre la creación literaria que sustenta Menéndez Pelayo se muestran muy afines a las de Valera, compartiendo ambos, a la postre, una misma concepción estética de raíz última platónica y hegeliana. La estrecha sintonía entre ambos autores explica la llamativa coincidencia en muchos de sus juicios, si bien, evidentemente, discreparon también en numerosas ocasiones (Rubio Cremades: 2009). En el caso concreto del texto cervantino, tal como se indicó atrás, las coincidencias son grandes, de manera que encontramos bastantes ideas comunes en sus respectivas aproximaciones al *Quijote*. En su acercamiento, así, al héroe cervantino Menéndez Pelayo rechaza su condición de mero símbolo, creado como tal por Cervantes, como años antes lo había hecho Valera. Lo que no es óbice, para el polígrafo, para que con el tiempo el personaje adquiriese tal categoría. Algo que, por lo demás, hace extensivo a toda la obra que de ser parodia inicial de los libros de caballerías "no sólo llegó a ser la representación total y armónica de la vida nacional en su momento de apogeo e inminente decadencia, sino la epopeya cómica del género humano" (1941: 353). También coincide con Valera en la idea referente al manejo de la parodia en el *Quijote*. Si para aquel la parodia en sí implicaba entusiasmo y amor inconsciente hacia lo parodiado, corregido, no obstante, por la razón o el escepticismo (1958: 1069)[17], para Menéndez Pelayo "Cervantes se levanta sobre todos los parodiadores de la caballería, porque Cervantes la amaba y ellos no" (1941: 353).

Finalmente Menéndez Pelayo concluirá su disertación enjuiciando la figura de Sancho, que tampoco considera mero símbolo representativo de la prosaica realidad, enfrentado al idealismo de su amo[18]. En su cotejo con los escuderos típicos de los libros de caballerías Menéndez Pelayo recuerda, como precedente de Sancho, el Ribaldo del *Cifar*, personaje que en nada se atiene a los rasgos prototípicos atribuidos a este tipo de figura. Con el análisis de la evolución de Sancho a lo largo de la obra concluye su revisión del *Quijote*, y con él su discurso.

[17] Una concepción claramente arraigada en la propia creación literaria valeresca.

[18] Valera, al oponerse a la, por otro lado, sostenida interpretación de ambos personajes como sustentadores de los polos antagónicos idealismo-realismo, defendía que Cervantes "creaba figuras vivas, individuos humanos" (1958: 1074).

En conclusión estamos, sin duda, ante una de las más logradas y lúcidas aportaciones al estudio del cervantismo que el siglo XIX legaría a la posteridad. Hombre de su época, no hay duda de que la innovadora visión que el Romanticismo proyectó sobre el *Quijote* permanece latente en él. Para Menéndez Pelayo D. Quijote aparece como exponente del más alto grado de idealismo de forma que, lejos de ser figura meramente ridícula y cómica, suscita admiración y respeto por sus altruistas aunque infructuosos esfuerzos. Los ideales del héroe cervantino se encuentran, además, ligados, para Menéndez Pelayo, a nuestra propia tradición literaria, en cuyos primitivos géneros medievales, como la épica y el romancero, aparece encarnado el esforzado y valeroso espíritu nacional. Unos géneros caracterizados, frente a las disparatadas e inverosímiles maravillas de esos libros de caballerías foráneos, por su mayor sobriedad y contención realista, de forma que es la degradación de dicho espíritu heroico, y no los ideales caballerescos, el objetivo de la parodia cervantina. La valoración del *Quijote* aparece, en consecuencia, ligada también desde esta perspectiva a ese rasgo caracterizador de nuestro genio nacional, del realismo, cuya culminación se produce, precisamente, en él. A tal respecto, nuevamente debemos contextualizar los estudios literarios de Menéndez Pelayo en el pensamiento histórico-crítico de la época que erigió dicha categoría estética como propia de nuestra tradición. De ahí esa postura frecuentemente contraria, de los estudiosos de entonces, a géneros plenamente insertos en una poética idealista, como la novela pastoril o la de amor y aventuras que, como hemos indicado, se trasluce con toda claridad también en la valoración de Menéndez Pelayo de esas otras novelas cervantinas, y de algunas ejemplares. Por otro lado es preciso, asimismo, recordar la personal asimilación que Menéndez Pelayo haría de dicha categoría literaria, fraguada en lo que Estébanez Calderón ha denominado su teoría del ideal-realismo (1994). La mencionada perspectiva que proyecta sobre el *Quijote* cervantino, enfrentado al de Avellaneda, da buena muestra de ella[19]. Si el *Quijote* se presenta, para Menéndez Pelayo, como un gran fresco de la vida nacional de entonces, el reflejo de la misma aparece siempre sometido a ese transustancial proceso de depuración estética, ausente en el texto de Avellaneda.

[19] Sobre la repercusión posterior de los planteamientos de Menéndez Pelayo, en la defensa del realismo como rasgo sustancial de nuestra literatura, mantenida por Menéndez Pidal, véase el estudio de Estébanez Calderón (1994: 300).

Heredero, en consecuencia, del pensamiento literario de su época, Menéndez Pelayo se desvía, sin embargo, del mismo en la propuesta que desde un primer momento perfila como el objeto de su discurso: situar el estudio del texto cervantino en el lugar que le corresponde en la historia de la novela, y analizarlo a través de un juicio crítico intrínsecamente literario, completamente alejado, pues, del tipo de análisis e interpretación extraliteria que eran habituales. Desde luego nadie mejor dotado que Menéndez Pelayo para desarrollar dicho presupuesto, habida cuenta de que en esos años se encuentra metido de lleno en el estudio del origen y desarrollo de la novela en nuestra literatura, y de sus sólidos conocimientos, en general, en literatura comparada. Apoyándose en tan seguros cimientos, el erudito cántabro llevaría a cabo un rastreo de las influencias y fuentes que percibe en la producción cervantina, de entre las que destacaría la erasmista, especialmente valorada por el cervantismo posterior. Junto a ello, y como el propio título anunciaba, será el análisis de la misma elaboración formal del *Quijote* lo más relevante. Antecesor de la posterior interpretación del texto como un auténtico libro de libros, revisa los distintos materiales y especies literarias que confluyen en su conformación para ir, concretamente, catalogando las diversas historias intercaladas conforme a una tipología que desarrollaría en sus estudios sobre el género novelesco. Y por encima de todo, y como una muestra más de su fineza y penetración crítica, el polígrafo destaca lo que el cervantismo posterior ha considerado, sin duda, uno de los mayores aciertos del texto: el manejo del diálogo.

Si tal aproximación a la obra magna de nuestras letras puede parecer poco novedosa para un lector del siglo XXI, conocedor de toda una dilatada y sólida tradición de trabajos cervantinos, desde luego no debió de serlo para los oyentes del erudito cántabro, quienes no dejarían de admitir, cotejada con el cervantismo al uso, el rigor y la solvencia histórico-crítica de dicha aportación.

Ana L. Baquero Escudero
Universidad de Murcia

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Barrientos, Joaquín (1987/1988). "Sobre la institucionalización de la literatura: Cervantes y la novela en las historias literarias del siglo XVIII", *Anales Cervantinos*, 25/26, 47-63.

Aribau, Buenaventura Carlos (1851). *Obras de Miguel de Cervantes*, Madrid, Rivadeneyra.

Baquero Escudero, Ana L. (1988). *Una aproximación neoclásica al género novela. Clemencín y el Quijote*, Murcia, Academia Alfonso X.

Baquero Escudero, Ana L. (1989). *Cervantes y cuatro autores del siglo XIX*, Murcia, Universidad de Murcia.

Baquero Goyanes, Mariano (1956). *La novela española vista por Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional.

Bonilla y San Martín, Adolfo (2008). "Bibliografía comentada de Menéndez Pelayo", *Tres estudios bio-bibliográficos sobre Marcelino Menéndez Pelayo*, B. Madariaga de la Campa, C. Morón Arroyo, A. Bonilla y San Martín, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 155-230.

Cacho Blecua, Juan Manuel (2007). "Novelas de caballerías", *Orígenes de la novela. Estudios*, R. Gutiérrez Sebastián y B. Rodríguez Gutiérrez (eds.), Santander, Universidad de Cantabria, Sociedad Menéndez Pelayo, 133-223.

Clemencín, Diego de (1883). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, comentado por don Diego Clemencín, I. Madrid, Aguado.

Close, Anthony (2005). *La concepción romántica del "Quijote"*, Barcelona, Crítica.

Crespo López, Mario (2005). *Menéndez Pelayo, Cossío y Cervantes*, Santander, Centro de Estudios Montañeses.

Crespo López, Mario (2009). *Marcelino Menéndez Pelayo. Antología de estudios y discursos literarios*, Madrid, Cátedra.

Estébanez Calderón, Demetrio (1994). "Realismo y Naturalismo en la crítica literaria de Menéndez Pelayo", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 260-300.

Gayangos, Pascual de (1963). *Libros de caballerías*, Madrid, Atlas.

Gil de Zárate, Antonio (1851). *Resumen histórico de la Literatura Española*, Madrid, Gaspar y Roig.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1940). *Historia de las Ideas Estéticas*, III, Madrid, CSIC.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1941). *Estudios y Discursos de crítica histórica y literaria*, I, Madrid, CSIC.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1942). *Estudios y Discursos de crítica histórica y*

*literaria*, V, Madrid, CSIC.

Montero Reguera, José (1997). *El "Quijote" y la crítica contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Cervantinos.

Montero Reguera, José (2005). *El "Quijote" durante cuatro siglos*, Universidad de Valladolid.

Montero Reguera, José (2011). *Cervantismos de ayer y de hoy*, Universidad de Alicante.

Pérez Gutiérrez, Francisco (2005). "Menéndez Pelayo y la cultura literaria de Cervantes", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXXI, 427-442.

Riley, Edward C. (1990). *Introducción al "Quijote",* Barcelona, Crítica.

Rivas Hernández, Ascensión (1998). *Lecturas del "Quijote" (Siglos XVII-XIX)*, Madrid, Ediciones Colegio de España.

Rey Hazas, Antonio y Juan Ramón Muñoz Sánchez (eds.) (2006), *El nacimiento del Cervantismo*, Madrid, Verbum.

Romero Tobar, Leonardo (1989). "El Cervantes del XIX", *Anthropos*, 98-99, 116-119.

Romero Tobar, Leonardo (2006), "El *Quijote* de románticos y realistas", *La Literatura en su Historia*, Madrid, Arco Libros, 243-262.

Rubio Cremades, Enrique (2009). "Menéndez Pelayo y Valera", *Menéndez Pelayo y la novela del siglo XIX*, R. Gutiérrez Sebastián y B. Rodríguez Gutiérrez (eds.), Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 67-111.

Sánchez, Alberto (1955/56). "La crítica cervantina en la obra de Menéndez Pelayo", *Anales Cervantinos*, 5, 267-273.

Sánchez de Muniáin, José Mª (2007). *Antología General de Menéndez Pelayo*, 2 vols., Madrid, BAC.

Valera, Juan (1958). *Sobre el "Quijote" y sobre las diferentes maneras de comentarlo y juzgarlo*, *Obras completas*, T.III, Madrid, Aguilar, 1958, 1065-1086.

RESUMEN

El presente artículo analiza los estudios de Menéndez Pelayo sobre Cervantes – especialmente su importante contribución en el tercer centenario del *Quijote* – a partir de una doble contextualización: dentro de los estudios de historia literaria del autor, y dentro del panorama de las ideas literarias de la época sobre Cervantes. Tal perspectiva permite constatar lo que debe el erudito al pensamiento de su tiempo, y lo que hay de original y nuevo en su manera de enjuiciar la obra cervantina. Es precisamente el análisis de los trabajos de Menéndez Pelayo desde tal enfoque lo que permite destacarlos de manera singular, por el rigor y profundidad histórico-crítica que en los mismos se percibe, en claro contraste con el cervantismo dominante en esos momentos.

**Abstract**

The present article analyses the studies written by Menendez Pelayo about Cervantes, and specially, their important contribution in the third centenary of the Quixote. This is made through a double contextualization: from the studies of the literary history of the author and from the outlook of the literary ideas of the time about Cervantes. Such perspective allows the verification of the erudite's debt to the thoughts of its time and of the originality of its way of judging the works of Cervantes. It is precisely the approach of the analysis of Menedez Pelayo works what enhances them due to their rigor and their hisotrico-critical depth, in clear contrast with the predominant cervantism of those moments.

**Palabras clave**

Menéndez Pelayo. Cervantes. *Quijote*.

**Keywords**

Menéndez Pelayo. Cervantes. *Quijote*.